

para ver por todas partes, y noté que miró atentamente la puerta de Jacinta y la mía.

¡No la podíamos engañar!



## XV.

### El cajón de inútiles.

EL CUARTO PODER iba su camino adelante guiado por el hábil redactor *en jefe* Don Javier Escorroza, en cuya sabiduría y pulso fiaba, descansaba y aun dormía el director y propietario del insigne periódico. Su prestigio, sin embargo, había menguado un poco con mi encumbramiento; hecho que él demostraba no haber pasado inadvertido, con la inquina y mala voluntad que me cobró y de que yo sólo hacía aprecio para evanecerme.

Pero el famoso escritor, además de este motivo, daba otros para aburrir á Albar y Gómez, siendo el principal, su manía insu-

frible de completar el pensamiento de su interlocutor, adelantándole las palabras. Albar fruncía la enjuta carilla con impaciencia, y procuraba no respirar hasta concluir la frase; pero ni así se escapaba: Escorroza le acompañaba por lo menos en la segunda mitad.

Y aun había más: Don Javier padecía distracciones inverosímiles, singularmente desatinadas, y peligrosas en su mayor parte. Cualquiera sombrero era el suyo, limpiaba la pluma en las faldas de la levita de Carrasco, recogía la tinta del tintero volcado con las cuartillas que Pepe acababa de escribir, y hacía otras lindezas por el estilo.

Llevaba en cierta ocasión cerrada polémica con *El Lábaro del Siglo*, y con asombro nuestro, Escorroza alzaba el tono á punto de que nunca le creímos capaz, por lo provocativo, altanero y valiente. De uno en otro artículo la discusión se acaloró, se encendió, se agrió, hasta que era ya imposible terminarla si no por medio de las armas, ó por una satisfacción bochornosa para el que tuviera la debilidad de darla. Estábamos

nosotros suspensos y atónitos, de encontrar tal valor detrás del pacífico semblante del periodista; y más nos maravillaba la tranquilidad con que se ponía á escribir tanta cosa como le decía al *articulista* contrincante, «que ocultaba su rostro tras la máscara del seudónimo para herir á los caballeros que se presentaban con la visera alzada.»

El público lector seguía aquella polémica con creciente interés, gozando con los agravios que ambos periódicos se dirigían, y esperando leer un día ú otro los pormenores de un duelo. Albar estaba orgulloso, nosotros pasmados. Pero ¡oh dolor! un día *El Cuarto Poder* publica en su primera plana un artículo terrible contra Escorroza, del seudónimo autor; y á la vez *El Lábaro del Siglo*, uno de Escorroza, contra su adversario.....Nada; que Don Javier trocó los originales y los periódicos por distracción, y á pique se vió de perder los dos sueldos que ganaba.

En un arranque de indignación, tuvo esta disculpa:

—¡Malditos correctores, que no atienden más que á la ortografía!

Albar, pasada la primera impresión, dejó la cosa quieta. Al fin Escorroza tenía siempre la ventaja de ser periodista viejo; había necesidad de conservarle para que el periódico anduviese bien.

Desde aquel día, Escorroza fué para nosotros un títere sin valor ninguno; si bien Pepe aseguraba que la demostración de su mérito no podía ser más terminante. Yo estaba indignado y veía con desprecio al periodista, á quien insensiblemente fuí considerando como rival envidioso de mi verdadera importancia, y envidiado por su calidad de jefe de la redacción.

El único sobre quien ejercía su influjo de superior, era el pobre de Sabás; pues ni Pepe ni yo hacíamos maldito el caso de sus órdenes.

Á medida que el diario tomaba renombre y aumentaba su tiro, la redacción era más concurrida. El abogado que había de alegar en estrados próximamente, iba en busca de Escorroza para que pusiera dos renglones respecto á la justicia de su causa; el diputado, después de un mal discurso, lle-

vaba al periodista su media hora de charla, de tal suerte corregida y trasformada, que sin mejorar gran cosa, no se parecía en nada á la copia de los taquígrafos; á Don Javier buscaba el empleadillo que, temeroso de ser despedido, necesitaba un elogio para afirmar su posición; á Don Javier el cesante que trataba de ser repuesto; á Don Javier, en fin, todo el que había menester cinco líneas del periódico, para ampararse con la opinión pública ó envolverse en un pliego de su generoso manto.

La mayor parte de los párrafos que de esta suerte prodigaba Escorroza, como dispensador de la fama y el renombre, eran escritos sobre puntos anotados con lápiz, por el paciente Sabás, que hasta creía recibir en ello cierta honra. Y en cambio el viejo periodista obtenía el provecho que de sí daban todas aquellas menudencias despreciadas por Albar; pues éste se atenía á las de más tomo y cuenta, bien como el rico labrador deja á sus jornaleros que beneficien los frutos desmedrados que no se entretiene en recoger.

Mi recelo respecto á Escorroza me hacía acercarme á Pepe; mas la desconfianza que los juicios de éste me inspiraban, disminuían el saludable influjo que en mi conducta podían ejercer. Carrasco me adulaba cada día más, y su torpe juicio era la balanza en que pesaba yo el mérito de mis obras.

Una tarde, Pepe se colocó en el centro de la mesa, y tomó la palabra.

—Señores, nos dijo; mientras el Sr. de Escorroza, nuestro digno jefe, viene á la redacción y prepara sus notas para repartir opinión pública entre sus abonados, hagamos algo de provecho: veamos qué puede sacarse de los periódicos que acaban de llegar, para enriquecer las columnas del ya célebre *Cuarto Poder*. El Sr. Escorroza ha invadido nuestra jurisdicción, llevándose ayer dos arrobas de periódicos del cajón de inútiles, único gaje de que nosotros solemos disponer; y aun tengo mis sospechas de que la suegra del Sr. Albar ha hecho no pocas veces igual merodeo. De hoy en adelante seremos cuidadosos y vigilaremos la hacienda, limpiando el cajón dos veces por semana.

Aprobamos Sabás y yo la sabia medida y comenzamos á romper fajillas y abrir periódicos. Pepe nos ahorra trabajo, porque apenas desdoblábamos un papel, cuando nos le quitaba de la mano ó nos indicaba su destino, que de buena gana aceptábamos.

—*El Imperio de la Ley*, oficial del Estado, destinado á elogiar á su gobierno: no lo vea, ya sabemos lo que dice. *El Orden Constitucional*, de Pérez Gavilán, paisano de grandes méritos, le redacta aquel mismo sujeto que fué nombrado redactor hace doce años: revistas de banquetes, brindis, versitos de Miguel Labarca á la hija de Gavilán: tírele. *El Ciudadano*: me gusta por su papel grueso y pesado que nos dá provecho en la venta; pero se surte de cuentecitos y versos que no tienen qué hacer en el órgano de un Gobierno. Ese oficial que tiene vd. en la mano, Sabás; ese que á vd. no le gusta porque publica sólo noticias administrativas y documentos oficiales, póngale aparte, porque á lo menos sabe cumplir con su deber. Esos otros dos, son lo mismo: póngalos aparte.

¡Déjese de leer editoriales, Juan! ¿Qué diablos ha de encontrar vd. en un editorial de *La Actualidad*? Pase la vista por los títulos de la gacetilla y échela en el cajón. Lea vd. este otro, si quiere ver algo útil, este diario es sensato y bien escrito. *El Comentador*, sucesor de la malograda *Columna*, vaya al cajón, que ya sabemos como se arregla; pero en cambio, guardemos *La Razón de Estado*, que no por ser ministerial deja de tener gran mérito como político y como literario. Ni tiente vd. ese papelucho, que vive del escándalo y nada más; ni ese otro, que subvenciona la Compañía exportadora de maderas de construcción, solamente para que no la ataque. Ese *Ramo de Azahares*..... elogíe vd. á las señoras que le redactan; pero no le lea; pláticas de flores y nubes; gotas de rocío que se mueren de tisis; hojas secas que hacen llorar porque caen al suelo..... Elógielas mucho á todas, que al fin son damas.

Pepe continuó por largo rato mandando al cajón muchos periódicos sin leer más que el título, y apartando algunos para verlos

detenidamente, por útil éste, por bien escrito aquel, por razonado ó por imparcial el otro.

—¿Qué está Ud. haciendo allí con *El Lábaro del Siglo*? me gritó de repente. ¿Vá Vd. á leer las polémicas que Escorroza entabla consigo mismo? Échele al cajón, no pierda el tiempo.

Pero no obedecí; la lectura me estaba interesando vivamente; tanto que me temblaban las manos y perdí el color. Concluí el artículo y le comencé de nuevo, á pesar de las órdenes de Pepe, hasta terminarle por segunda vez, con el rostro encendido y la cólera en su punto.

Pepe me quitó el periódico de las manos y leyó el breve artículo que tanto daño me hacía. Era el tal referente á Don Mateo; una página no más del libro de su historia, según decía el escritor; pero que por sí sola bastaba para ilustrar la vida de un hombre y legar su nombre á la posteridad con un manto de gloria inmortal. Un déspota, azote y verdugo de los pueblos, una fiera, un chacal llamado Vaqueril, chupaba de años

atras la sangre de un Estado importantísimo. La idea de la libertad surgió en el cerebro de un hombre ilustre, Perez Gavilán, y al llamar á los pueblos contra la tiranía, su voz halló eco en el noble corazón de Cabezudo, hombre acomodado, rico, feliz, que no vaciló en aceptar la suerte del mártir, sacrificando su bienestar por las libertades públicas. Lanzado á la lucha no pidió un centavo á nadie para sostener sus tropas: consagró á ello todos sus bienes y casi se arruinó; no tomó un hombre 'de leva, porque su prestigio no lo necesitaba ni su grande alma lo consentía. Era Hidalgo en la abnegación, Morelos en la estrategia, Mina en el arrojo, Bravo en la nobleza, Guerrero en la constancia. Venció contra ejército numeroso y aguerrido, impuso condiciones, y no derrocó desde luego al tirano, porque quiso evitar el derramamiento de sangre; pero como consecuencia de su triunfo, y de la hábil política que acordó con el ilustre Gavilán, dieron en tierra con el poder despótico del ferroz Vaqueril. Y después de todo esto, Cabezudo no quiso que se el reconociera por

el Estado la deuda de los cuantiosos gastos de su peculio durante la regeneradora revolución. ¡Y aquel hombre distinguidísimo, aquel notabilísimo soldado, se conformaba, sí, se conformaba con figurar en el Congreso como representante de su distrito!

Aquel día perdí el apetito, busqué á Jacinta para repetirle con vehementes palabras mi declaración de amor, gusté como nunca de la conversación de Pedro Redondo y me propuse ser su amigo y compañero, y hasta dí un paseo con Joaquín por las calles deleitándome con su plática de taberna.....

Y aún me faltaba mucho que ver. Al día siguiente casi todos los diarios de la capital reprodujeron el artículo de *El Lábaro*; unos haciéndole suyo, por callar su procedencia; otros añadiéndole comentarios que entrañaban el elogio; y aun los serios, los sensatos, copiaron aquella colección de mentiras, sin más precaución que la de costumbre. Tomamos de nuestro estimable colega *El Lábaro del Siglo*.....

Con viva indignación me opuse á que se hiciera otro tanto en *El Cuarto Poder*, como

pretendía Escorroza, dando orden á Carrasco de añadir una glosa encomiástica. El se irritó, yo no cedí; alegó su calidad de jefe y yo los fueros de la verdad; y el conflicto habría llegado quien sabe á donde, si no le cortara Albar y Gómez, entrando en la redacción.

Escorroza y yo, hablando á la vez, exaltados y sofocados, expusimos los hechos al Director. El cual después de escuchar con los ojos fruncidos y la cara plegada, quedóse mirando á Escorroza, mientras meditaba la resolución.

—¿Los periódicos han reproducido ese artículo? preguntó al fin.

—¡Casi todos! contestó Escorroza.

—¡Pues entonces, nosotros nos callamos.

—Pero, señor, Cabezudo es.....

—Ya llegará el momento oportuno. Por ahora, en lugar de reproducir ese artículo, pongo Vd. un párrafo de gacetilla diciendo que lo hemos leído; que somos amigos de Cabezudo, pero que la historia necesita documentos que justifiquen la verdad.

Escorroza, corrido y rabioso, escribió el

párrafo. Yo estaba satisfecho, lleno de orgullo; Sabás me miraba á hurtadillas y se reía. Pepe, que lo notó, se acercó á mí y me dijo:

—No sea Vd. tonto, ha perdido Vd. con costas el pleito.